



DONDE HAYA

SOLO QUIEN ASUME LA CULPA MERECE EL PERDÓN

TINIEBLAS

MANUEL RÍOS SAN MARTÍN

Una modelo de diecisiete años a la que le falta el ombligo desaparece en Madrid. Los inspectores Martínez y Pielde-lobo se hacen cargo de la investigación, pero chocan desde el primer momento. Él es un padre cincuentón y caótico, tierno pero mordaz y un tanto anticuado; ella, una *millennial* combativa, inteligente y feminista.

Mientras recorren por España lugares misteriosos y templos en apariencia tranquilos, surgen dos hipótesis para desenmascarar a un asesino en serie: o la mafia rusa está detrás de una red de prostitución de lujo o hay un psicópata religioso que pretende enmendarle la plana al mismo Dios.

Este *thriller* plantea una reflexión irónica sobre la intolerancia, la dicotomía entre pecado y belleza, entre misericordia y castigo, y las relaciones entre el hombre y la mujer como dos seres destinados a entenderse desde el principio de los tiempos.

Índice de contenido

Parte I (pecado)

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Parte II (culpa)

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Parte III (tentación)

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Parte IV (castigo)

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Parte V (alianza)

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Parte VI (misericordia)

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Capítulo 107

Donde haya tinieblas

Manuel Ríos San Martín

Agradecimientos

Sobre el autor

*A mi familia, en un año difícil.
(A Susana, Irene, Daniel, Pablo; a mi madre
y a mis suegros: Marlén y Jesús, por tanto).*

La primera versión de esta novela se escribió durante los meses del confinamiento. Querría expresar mi agradecimiento a todos aquellos que trabajaron por nosotros, hombres y mujeres: personal sanitario, de limpieza, repartidores, cajeros de supermercado, reponedores, transportistas, fuerzas de seguridad, etc. Lo único que he podido hacer a cambio de su esfuerzo es aprovechar el tiempo y escribir esta historia.

Va por vosotros.

¡Gracias!

Parte I

(pecado)

El Señor Dios dio este mandato al hombre:
«Puedes comer de todos los árboles del jardín,
pero del árbol del conocimiento del bien y del
mal no comerás, porque el día en que comas
de él tendrás que morir».

Génesis 2, 16-17

1

Las redes sociales son una mierda. Lo sé bien porque las tengo todas. Tres cuentas de Twitter, tan solo una de ellas a mi nombre, la que no uso; dos perfiles de Instagram, uno para cuando hay que investigar a adolescentes (cincuenta y tres seguidores), en el otro subo fotos oscuras y extrañas con las que saco mi lado artístico (diecisiete seguidores). Ayer perdí uno. Snapchat, para mandarme tonterías con mis hijos. Pinterest no me dice nada. Por no hablar de Facebook, que solo sirve para comprobar que mis compañeros de colegio están más calvos que yo. Y lo están, que, aunque yo ya tenga mis entradas, no me conservo mal para ser de mi generación. Un fofisano de esos, todavía con cierto encanto. Lo dice mi mujer. Y eso de TikTok, ¿qué es?

En fin, que controlo de redes sociales. Estoy al día. Por eso sé que hay que ser muy subnormal para creer en ellas. Joder, ya he vuelto a decir *subnormal*. No puedo contenerme, me sale solo, de cuando era más joven y se podía decir. Es un insulto que no puedo evitar que me haga gracia, con esa *b* alargada... *Subbbnormal*. Menos mal que esto no es Twitter; ya habría perdido doscientos seguidores que no tengo y me habrían puesto a parir. Debería cuidar mi lenguaje incluso cuando pienso, que luego sale en el momento menos adecuado. Si además me gustó la película esa de *Campeones*. Hasta conocí al gordito entrañable. Un tipo genial. No se le entendía una mierda, pero un cielo. Le desapareció una mochila y, al final, se la pudimos devolver cuando un vecino la encontró perdida en el par-

que y tuvimos un aviso de bomba que no fue tal. Y es que no hay que ofender, que me lo dice siempre el comisario. *Tonto, imbécil*, hasta *gilipollas* podría valer...

–Inspector... ¿Qué piensa del vídeo?

El vídeo, cojones, ya me he vuelto a ir. El vídeo..., y mira que empezaba bien con la modelo rusa. Todas las modelos son un bluf, lo sé bien. Intentan parecer maravillosas en sus fotos y sus historias de Instagram: suben desayunos increíbles que luego vomitan intentando conservar la línea. Claro que la culpa no es suya. Tienen dieciocho años, les ponen mucho dinero delante, las llevan de un lugar a otro del planeta, las marean, su mundo se vuelve vertiginoso y absurdo, incontrolable. Menos mal que mi hija quiere estudiar Farmacia. Bueno, eso esta semana; la anterior quería ser veterinaria, y la otra, enfermera. Pero esta modelo era diferente: natural, sencilla a la vez que con un toque sofisticado. Capaz de subir una foto con un Cartier de treinta mil euros y, sin embargo, seguir cayendo bien y resultando cercana. Se lo hacía perdonar sin tan siquiera intentarlo. Y tenía más de quinientos mil seguidores entusiasmados que aumentaban día a día. Estaba en un gran momento. ¿Por qué utilizo el pasado?

–Inspector...

–Eh... sí. ¿Me lo podría poner otra vez? –respondí en inglés, el idioma en el que me hablaba mi interlocutora.

–¿Otra vez?

–El vídeo.

Observé los ojos de Sophie, excesivamente maquillados, aunque sin conseguir que desaparecieran del todo las bolsas. Vestía un Armani blanco impoluto. Una MILF, perdón por el término. Tal vez no debería usarlo, pero la define bien. No quería decir esto tampoco. Ya se sabe: cuando un término trasciende a su significado. O sea, me estoy metiendo en un jardín, pero para nada querría follármela. No es que no sea atractiva; tiene encanto, una buena figura, se ve que se machaca en el gimnasio. Eso me re-

cuerda que esta semana tampoco he ido. Ni la pasada. ¿Con solo apuntarse uno adelgaza? Debería ser así. Si, además, yo, con Teresa, en estos últimos veinte años he tenido más que suficiente. De sobra, vamos. No solo es una tía que se ha ocupado de mil cosas de la familia, sino que le ha dado tiempo para ser una profesional como la copa de un pino. Y eso es lo que más admiro de ella; lo de cocinar y ocuparse de los hijos está sobrevalorado, por eso le insistí tanto en que no dejase de trabajar cuando llegaron los gemelos. Eso sí que fue la hostia: los gemelos. Ciento cincuenta pañales a la semana, veinticuatro biberones al día, además de dar el pecho. Para cuando terminabas de cambiar a uno, el otro ya había hecho la digestión y estaba cagándose de nuevo. Y vuelta a empezar. Toda la noche. Y todo el día. Y toda la noche. Era un espectáculo verla, cada uno bien agarrado a su correspondiente teta, increíble ejercicio de coordinación, succionando a dos bocas. Y Teresa todo el rato bebiendo leche con galletas para reponer... «Otro vaso», y ahí me tenías a mí corriendo a calentar la leche, «¡No, en el microondas no!», por si acaso afectaba de alguna manera. Que afectar no afectaba, que ya lo decía yo. Que si han salido así será por el tema genético, que hay que ver cómo era la bisabuela.

Otra vez los ojos de Sophie, esta señora que no cumplía ya los cincuenta, aunque el bótox distribuido aquí y allá se esforzaba por disimularlo, mirándome inquisidora. Hasta tal punto que yo mismo desvié los míos hacia el espejo de cuerpo entero que tenía enfrente para comprobar cómo iba vestido. No era para tanto; soy grande y tampoco se me notan mucho unos kilos de más, pocos; estética oscura de Massimo Dutti de rebajas, con mis rizos desordenados sobre una incipiente calva y un abrigo tres cuartos, mi favorito. Si hubiera sabido adónde venía, me habría puesto el traje que me hice para la primera comunión de mi hija y me habría cepillado mejor los zapatos. Sophie me escrutaba mientras sujetaba a la altura de mi cara un

móvil de alta gama con una funda de oro, meneándolo delante de mí. Bueno, escrutando, lo que se dice escrutando, no; ya me había sentenciado. «Me han mandado al inspector cincuentón y subnormal». Amiga, *subnormal* no se dice, pruebe con *gilipollas*, si no le importa.

–Sí, póngame otra vez el vídeo, gracias –dije en un más que correcto inglés aprendido en mi adolescencia. Una pasta se gastó mi madre. Y total, ¿para qué? Para hablar con alguna turista a la que le habían robado cerca del Museo del Prado. Le dio por tercera vez al *play* y, en la pantalla de superretina o de no sé qué leches, la sonrisa de Karolina, que vestía tan solo con una camiseta de tirantes y un escueto tanga, me cautivó de nuevo. Esta vez mis pensamientos no se diluyeron entre las imágenes, sino que se esforzaron en captar hasta el último detalle: una habitación impresionante –de hecho, la *suite* de hotel en la que estábamos hablando en aquel momento–; esa sonrisa seductora, los pómulos marcados, unas tímidas pecas que le adornaban la cara, ese cuerpecito casi de adolescente que era capaz de mover a su antojo en una pasarela... Joder, esta niña debería comer un poco más, que la pobre será guapísima, pero está flaca de cojones. Si hubiera probado los chipirones de mi abuela...

–Hola, amigas –dijo Karolina Mederev despeinándose el pelo rubio platino en la grabación hecha en el dormitorio del hotel–. Buenos días. Lo más importante para mí nada más levantarme es hacer estiramientos. Me suelo despertar temprano –prosiguió mientras subía la pierna a posiciones inverosímiles para un ser humano normal–, incluso en mis días libres.

No soy un gran entendido en temas audiovisuales, pero había truco. Vamos a ver... Cuando la chica salió de la cama se estaba grabando a sí misma, no hay que ser muy espabilado para ver que se trataba de un selfi, pero cuando estiró los músculos de la pierna utilizando la cómoda